

Prayer: asking God to ‘perfect our fasting’

By FATHER JUAN SALAS

The more I think about it, the more I realize that I find Lent as a twofold experience for my life: challenging and encouraging. I find it challenging because it exhorts me to accompany Jesus on his journey to Jerusalem; on his journey through the desert to get to His cross.

Bishop John, on his column about *Fasting for Priestly Vocations*, mentions that “Our Lord gives us four ways to practice our walk with Him: fasting, almsgiving, prayer, and righteous deeds.” These ways are in themselves not an easy thing to practice; this is why each one of them represents a challenge. Nevertheless, they are not to be seen as goals in themselves, but as means that help us to get to something higher: to be one with Jesus and say: “Father... not my will, but yours, be done” (Lk 22:42). And I find Lent encouraging because it shows me that by walking with Jesus through suffering and penance, I let myself be walked by God to eternal life: “God so loved the world that he gave his only Son, so that everyone who believes in him might have eternal life” (Jn 3:16).

The Third Sunday of Lent offers to us also a twofold dimension of Lent that is rooted in conversion: a “noetic” dimension, a conversion of the mind and heart; and a “ascetic” dimension, a conversion of the practical life.

In this case, through Exodus 20:1-17 (1st reading) and John 2:13-25 (Gospel reading), we are asked to accept that God provides laws out of love for our own well being (decatalogue) and that Jesus indeed destroyed the hard-stone temple, building a temple of merciful-love for all of us. In this sense, the challenging aspect of Lent helps us to convert our whole being to love God “with all your heart, and with all your soul, and with all your strength, and with all your mind; and your neighbors as yourself” (Lk 10:27).

Thus, I suggest that we contemplate the project of Bishop John’s—“Fasting for Priestly Vocations”—in a twofold way as well: Challenging and Encouraging.

Bishop John’s project being **Challenging** exhorts to us to Fast for Priestly Vocations. But Fasting, which is an external sacrifice, is a manifestation of an internal conversion. Fasting is then the sign of the “ascetic” conversion of the “noetic” conversion. It allows us to turn to God interiorly. And it here where a new element comes to play: *Prayer*.

In Prayer we communicate with God and ask Him to bless and perfect our Fasting: “Prayer is the raising of one’s mind and heart to God or the requesting of good things from God” (CCC 2590). Saint John Chrysostom wrote: “Our spirit should be quick to reach out toward God not only when it is engaged in meditation; at other times also, when it is carrying out its duties, caring for the needy, performing works of charity,” Fasting for Priestly Vocations!!! It is to call God to mind so our Fasting for Priestly Vocations “may be seasoned with the salt of God’s love” (St. John Chrysostom).

Bishop John’s project being **Encouraging** shows us that if we walk with Jesus through Prayer, we will let ourselves be walked by God to a hopeful future for our Diocese where Vocations to the Priesthood will not be a challenge but a blessing.

Therefore, when you Fast for Priestly Vocations, speak and listen to God: Pray!!! And “say a little prayer that some single man or boy will open his heart to Jesus’ call to the seminary. Maybe he is a son, grandson, nephew. Possibly he is a parishioner. Perhaps he is you” (Bishop John Brungardt).

Ayuno por las Vocaciones Sacerdotales:

Oración

Por PADRE JUAN SALIS

Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que la Cuaresma es una experiencia con un doble sentido para mi vida: desafiante y alentadora. La encuentro desafiante porque me exhorta a acompañar a Jesús en su viaje a Jerusalén; en su viaje por el desierto para llegar a su cruz. El Obispo John, en su última columna sobre el Ayuno por las Vocaciones Sacerdotales, mencionó que “Nuestro Señor nos da cuatro maneras de practicar nuestro caminar con Él: ayuno, limosna, oración y acciones justas”. Estas cuatro prácticas no son en sí mismas algo fácil de practicar. Por esta razón cada una de ellas representan un desafío. Sin embargo, ellas no deben verse como un fin en sí mismas sino como medios que nos ayudan a llegar a algo más sublime: ser uno con Jesús y decir: “Padre ... no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22, 42). Y encuentro la Cuaresma alentadora porque me muestra que, al caminar con Jesús a través del sufrimiento y la penitencia, me dejo llevar por Dios a la vida eterna: “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todos los que creen en él puedan tener vida eterna” (Jn 3:16).

El Tercer Domingo de Cuaresma nos ofrece también una doble dimensión de la Cuaresma enraizada en la conversión: una dimensión “noética”, una conversión de la mente y el corazón; y una dimensión “ascética”, una conversión de la vida práctica. Así pues, a través de Éxodo 20: 1-17 (primera lectura) y Juan 2: 13-25 (lectura del evangelio), se nos pide que aceptemos que Dios amorosamente provee leyes para nuestro propio bienestar (decálogo), y que Jesús en verdad destruyó el templo de roca dura para construir un templo de amor misericordioso para todos nosotros. En este sentido, el aspecto desafiante de la Cuaresma nos ayuda a convertir todo nuestro ser para amar a Dios “con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y tu prójimo como a ti mismo” (Lc 10, 27).

Por lo tanto, sugiero que de igual manera contemplemos el proyecto del Obispo John: “Ayunar por las Vocaciones Sacerdotales”, con un doble aspecto: Desafiante y alentador.

El proyecto del Obispo John como algo desafiante nos exhorta a Ayunar por las Vocaciones Sacerdotales. Pero el ayuno, que es un sacrificio externo, es una manifestación de una conversión interna. El ayuno es entonces el signo de la conversión “ascética” de la conversión “noética”. Nos permite dirigirnos a Dios interiormente. Y es aquí donde un nuevo elemento entra en juego: La Oración. A través de la oración nos comunicamos con Dios y le pedimos que bendiga y perfeccione nuestro ayuno. “La oración es la elevación del alma hacia Dios o la petición a Dios de bienes convenientes” (CICAT 2590). San Juan Crisóstomo escribió: “Nuestro espíritu debe acudir rápidamente a Dios no solo cuando se entrega a la meditación; pero también en otras ocasiones, cuando está cumpliendo con sus deberes, cuidando a los necesitados, realizando obras de caridad,” ¡Ayunando por las Vocaciones Sacerdotales! Es traer a Dios a la mente para que nuestro Ayuno por las Vocaciones Sacerdotales “pueda ser sazonado con la sal del amor de Dios” (San Juan Crisóstomo).

El proyecto del Obispo John como algo alentador nos muestra que si caminamos con Jesús a través de la oración, nos dejaremos llevar por Dios hacia un futuro esperanzador para nuestra Diócesis, donde las Vocaciones al Sacerdocio no serán un desafío, sino una bendición.

Por lo tanto, cuando Ayunes por las Vocaciones Sacerdotales, habla y escucha a Dios: ¡¡Ora!! Y “dirige una pequeña oración para que un solo hombre o un niño abra su corazón al llamado de Jesús al seminario. Tal vez él es un hijo, un nieto, un sobrino. Posiblemente él es un feligrés. Quizás él es usted “(Obispo John Brungardt).